

A una señal de su hermano, se levantó de su asiento, imitándola Lady G. y su hija.

—Caballero, dijo Lord G. á Benedicto: suplico á Vd. que mañana á las diez de la misma, me espere aquí.

Benedicto abrió asombrado sus grandes ojos negros, y los fijó en el anciano.

—Mañana... repitió maquinalmente, ¿aquí?

—Sí: tenemos que hablar de un asunto de mucha importancia para los dos.

El jóven, al oírse tratar de aquel modo ceremonioso y desusado entre una familia que habia mirado siempre como la suya propia, se volvió estupefacto.

Pero solo vió desfilas por delante de su vista todos los individuos de la familia con la precision automática de los fantasmas de Osian.

Salió primero Lady G., quebrantada y abatida por un dolor que no pensaba siquiera en disimular.

Luego siguieron Lord G. y su hijo, cada uno de los cuales hizo al jóven un ceremonioso y helado saludo.

Desapareció enseguida Arabela, con su ademán lánguido y su paso lento y acompañado.

María se quedó la última; volvió la cabeza, y envió una dulce mirada, y una afectuosa señal de despedida al atónito Benedicto.

Este permaneció inmóvil, hasta que vió des-

aparecer el último pliegue del blanco vestido de la jóven; y aun estaba en éxtasis, cuando entró un ayuda de cámara rigurosamente vestido de negro, y llevando en la mano un gran candelero de plata.

—¿El señor quiere seguirme? preguntó inclinandose respetuosamente ante Benedicto.

—¿A dónde? repuso éste, que aún creia soñar.

—A la habitacion que tiene preparada.

—Vamos.

El ayuda de cámara, echó á andar delante, y Benedicto le siguió hasta una estancia, decorada sencilla pero elegantemente.

El ayuda de cámara dejó la bugia sobre una mesa, encendió la lamparilla, y salió silenciosamente, cerrando tras sí la puerta.

III.

Antes de pasar adelante, para seguir narrando los acontecimientos de esta historia, es preciso que yo dé á conocer á mis lectores las relaciones que unian á Benedicto con Milord G. y su familia, y de qué naturaleza eran estas relaciones:

Un célebre médico de Lóndres habia sido amigo de Lord G. desde su infancia, durante

la cual habian estado unidos por esas simpatias de niños, tan poderosas y tan imborrables.

Esta amistad, siguió pura é inalterable, cuando ambos llegaron á la edad madura, si bien habia empezado á notarse en sus opiniones cierta diversidad.

El carácter de Lord G. era frio, altivo, reservado.

El de Sir James, expansivo y afectuoso.

Cuando habia que hacer algun sacrificio, siempre era Sir James el que lo efectuaba; Lord G. se parapetaba en su habitual frialdad, y dentro de ella, era inaccesible, como la tortuga dentro de su concha.

Lord G. enviudó, á pesar de los cuidados que su amigo prestó á su esposa: por que cuando la mano de Dios ha contado las horas de una criatura, la mano de los hombres no basta á contener su número.

Lady G. murió.

Tres años despues, el viudo anunció á su amigo su resolucion de volverse á casar.

Sir James, se admiró un poco de tal resolucion, y le aconsejó que no la llevase á cabo.

—¿Por qué? le preguntó Lord G. ásperamente.

—Por la misma razon que no la llevo yo.

—¿Y puede saberse esa razon?

—Sin duda: la razon es, porque tengo un hijo, para el cual quiero vivir sola y únicamente.

—¿Y él te pagará esa abnegacion?

—Pienso que sí.

—Pues yo pienso que no.

Siguieron algunos momentos de silencio.

—Demos caso que no me la pague, dijo Sir James, tomando de nuevo la palabra: al ménos me quedará la satisfacion de haberle dado esta prueba de afecto: si no la agradece, tanto peor para él.

—¿Es que me aconsejas que haga yo lo mismo?

—Ciertamente.

—Pues, amigo mio, no me has convencido: persisto en mi idea, y me caso.

—¿Pero con quién?

—Con una jóven española.

—¿La has conocido en tu viaje?

—Sí.

—¿Y ya conoces su carácter, sus inclinaciones? ¿ya sabes que te hará feliz?

—En nada de eso he pensado.

—¿Es posible!

—Nada es mas cierto.

—¿Pero y si su genio no se adapta al tuyo? ¿y si es iracunda, displicente ó coqueta?

—Aunque sea todo eso, yo la corregiré: además, tengo á mi hermana Arabela, que está siempre á la vista de todo, y que es la que se entiende en el gobierno de la casa: mi mujer estará descansada, y nada echará de ménos.

—¿Pero y tu hijo?

—Mi hijo es independiente: tiene sus rentas, y vive á su gusto: nada tendrá que ver con mi mujer, ni mi mujer con él.

Sir James dejó ya de hacer objeciones, por que conoció que de nada podian servir. En cuanto á Lord G., un mes de despues se casó con la hermosa Cármen, por poderes, y ella fué despues á Inglaterra acompañada de su madre y de su tio.

Aquella hermosa jóven no era rica: su familia, antigua é ilustre, era bien considerada en la corte de España. La madre de Cármen, viuda desde ya hacia bastantes años, habia dado á su hija una educacion excelente, que unida á su gran talento, habian hecho una niña verdaderamente distinguida: rayaba entonces en los diez y siete años, y su belleza era proverbial, no solo en Madrid, sino tambien en Cádiz, su patria, donde residian largas temporadas, por tener allí su casa solariega y muchas relaciones.

Madre é hija vivian al lado de un anciano hermano de la primera, antiguo Magistrado, y que habia heredado un pingüe patrimonio de los abuelos de Cármen.

Cuando esta entró en Lóndres, le pareció que una plancha de hierro oprimia su corazon: aquel cielo nebuloso y blanquecino, aquella espesa niebla, la tristeza y soledad de aquella ciudad industrial y comercial á la vez, pesaban

sobre su corazon: la hija del sol, sentia allí frio en el alma.

Fué recibida por Lord G., su esposo, hombre ya cercano á la vejez, y parecióle á Cármen mucho más helado y adusto aún que cuando le habia conocido en Madrid.

Pero mucho más que su esposo, le atemorizó la ruda y helada figura de Osvaldo, entonces adolescente, pero que ya la recibió con una animadversion demasiado visible, para que pasara desapercibida á la sagacidad y penetracion de Cármen.

Sin embargo, el jóven estuvo con ella politico y casi galante: por ninguna falta de atencion podia reconvenirsele: cortés, obsequioso con la esposa de su padre, la llamaba siempre *Milady*, la daba el brazo para ir al comedor, la daba el abrigo al salir de un baile, y la servia en la mesa con un cuidado y una galantería digna de admiracion.

La sociedad, que solo se paga de las apariencias, solia decir:

—¡Qué atento está Sir G. con su madrastra! ¡qué jóven tan excelente, y que sumiso á su padre!

Sin embargo, Osvaldo, jamás perdonó á Lord G., y en el fondo de su alma detestaba á aquella suave y débil criatura, como á su más mortal enemiga.

Sir James, el bueno y bondadoso doctor,

fué la única persona que realmente simpatizó con la joven recién casada.

Se habían vuelto ya á España la madre y el tío de Cármen, y esta quedó sola y melancólica entre aquella familia que le era casi desconocida: su único amigo era Sir James, y un precioso niño que tenía de edad de cinco años, y cuyo nombre era Benedicto.

La infancia y la juventud se comprenden muy pronto. Cármen hallaba un placer sin igual al oír la charla infantil del pequeño Benedicto, que pasaba horas enteras á su lado, ya oyendo cantar á Cármen canciones españolas, que se acompañaba con el piano, ya viendo á la señorita Arabela arreglar sus cofres y sus armarios y tejer medias caladas con imperturbable gravedad.

Arabela contaba entonces cerca de treinta años; pero ya era tan seca, tan angulosa, tan estirada como á los cuarenta y cinco, y como lo había sido á los veinte, porque hay mujeres que no tienen edad. Nacen viejas, viven viejas, y mueren sin haber conocido un solo día de belleza y juventud.

Benedicto amaba sin embargo á aquella figura, pálida, delgada y casi diáfana, tan apacible, tan condescendiente con sus caprichos de niño, tan buena en una palabra: amaba á aquella excelente señorita Arabela, que le daba todos los días dulces, pastelillos y conservas, y

que le cantaba la nana, cuando quería dormirse acostado en los almohadones del sofá.

Pronto vino á aumentar los encantos de la sociedad de las dos damas, otro encanto nuevo: Lady G., tuvo una niña: una niña muy bella, de la que fueron padrinos en la pila bautismal, Miss Arabela, y sir James, con gran disgusto de Lord G., que por satisfacer el empeño de su hermana y de su amigo, tuvo que negarse á la duquesa de W., dama de honor de la reina, que quería ser la madrina de su hija.

Benedicto fué desde entonces más feliz: meciendo á la niña en la cuna, era dichoso, y se creía un héroe al mismo tiempo, al ver que otro ser mucho más pequeño y débil, necesitaba de sus cuidados ó reía y lloraba según su voluntad y su deseo.

Cuando la niña dormía, Benedicto se sentaba gravemente al lado de la cuna, é impedía que la despertasen haciendo ruido.

De esta suerte pasaron cinco años: durante ellos, muchas veces se durmió el niño en la misma cuna de la niña, y muchas veces los contemplaba la joven madre, en un grupo delicioso con las manitas enlazadas, y sonriéndose mutuamente á través de sus sueños.

Conforme Benedicto iba creciendo y se iba haciendo fuerte, su cariño para con María, variaba un tanto en las formas, pero era el mismo en el fondo: grande, inmenso, inalterable:

María era tan débil y tímida, cuanto él fuerte y valeroso: si la niña cometía alguna faltilla leve, él hallaba siempre medio de echar sobre sí toda la culpa: si la niña lloraba, él la paseaba en sus brazos hasta acallarla.

Todos los rigores de la dentición los pasó María acompañada de Benedicto; y cuando este no podía consolarla ó acallarla, lloraba con ella, pero de un modo silencioso y triste.

Más tarde la cogía nidos, frutas y flores: el semblante blanco, puro y un poco triste de María, solo se alegraba, cuando oía venir á su amigo; y cuando su padre se lo llevaba, parecía que con él se iba toda su alegría.

Por lo demás, el contraste que formaban estos dos niños, era el más extraño.

Benedicto era alto, robusto, con grandes ojos negros, tez morena y hermosos cabellos negros como sus ojos, sus cejas y sus luengas pestañas: su boca era una flor de coral, su nariz noblemente larga y un tanto aguileña, su frente, ancha y despejada, llena de altivez y de majestad: habia en todo él, una expresión de fuerza y de osadía que asustaba: era valiente hasta la temeridad, generoso hasta ser pródigo; fuerte y sóbrio como un espartano: á intervalos risueño y severo; siempre veraz y decidido.

María era pequeña, delgada, esbelta, rubia, blanca, casi diáfana; habia en ella más de síl-

fide que de niña: era una hada en la infancia.

Tenia los cabellos largos, rizados y de un rubio vaporoso, los ojos muy grandes y azules, coronados de largas pestañas doradas, lo que daba á su semblante, una suavidad y dulzura inexplicables; en aquellos ojos, abiertos siempre como dos estrellas, habia tanta ingenuidad, tanta tristeza, tanta dulzura, tanta ternura, que ejercian en el que los miraba una influencia irresistible.

Su boca era un capullo de rosa, su frente el espejo en que se reflejaban un talento poco comun y una inocencia angelical: tenian sus mejillas la redondez fresca y florida de la infancia, y sus labios la triste y dulce sonrisa de los predestinados.

María era débil, tímida y tan apocada, que el ladrido de un perro la hacia perder el color, y ponerse á temblar; en su boca, no habia más que palabras de miel, y nadie recordaba haberla visto jamás encolerizada.

Los dos niños, eran Pablo y Virginia, trasladados á nuestro siglo.

Una mañana llegó muy asustado uno de los sirvientes de Sir James; preguntó por Milord G. y habiéndole dicho que se estaba paseando en el Parque, corrió á el, porque ya tenia franqueza en la casa para eso.

—¡Ah señor, exclamó así que pudo alcanzarle con la vista: mi amo se muere!

—¡Cómo! ¿Qué es eso? ¿Qué es lo que dices? exclamó asustado Milord, pues realmente estimaba mucho y amaba cuanto él podía amar á su amigo.

—Digo, señor, que mi amo se muere, y que suplica á Vd. que venga á casa al instante.

—Anda, que ya te sigo, dijo Lord G.

En efecto, media hora despues se hallaba á la cabecera de su amigo.

Este habia caido del caballo al ir á visitar á un pobre hombre á una aldea inmediata.

La caida habia sido muy peligrosa: habia recibido dos golpes: uno en la cabeza, y en el pecho el otro.

Estaba pálido y ensangrentado; sus sirvientes lloraban en derredor del lecho. Benedicto le tenia abrazado estrechamente: estaba más pálido que el enfermo, y echaba en torno suyo miradas sombrías y casi feroces, como si temiera que fueran á arrebatarle á su padre: aunque fueran los brazos de la muerte los que llegasen allí, parecia dispuesto á romperlos, y á rechazar su presion homicida.

Cuando el doctor vió á su amigo, le estrechó débilmente la mano, é hizo seña á sus criados para que se retiraran todos.

Obedecieron, y se quedó solo con su amigo y su hijo.

—Querido Arturo, le dijo, gracias por haber venido: todo mi temor consistia en que no te

hallases ahora en tu casa, para acudir á mi llamamiento, porque luego, quizá hubiera sido tarde.

Lord G. estrechó la mano de su amigo, y este prosiguió:

—Me muero... mis heridas son de las que jamás se curan... y solo un milagro del cielo pudiera...

Detúvose aquí y prosiguió con triste sonrisa:

—¡No espero este milagro! Sin embargo, no me quejo tampoco: Dios tiene contadas las horas de nuestra vida, y nos llama á su lado cuando más nos conviene. ¡Hágase su santa voluntad!...

—¡Deja por Dios esos tristes pensamientos, amigo mio! exclamó Lord G., que á pesar de su dureza y frialdad habituales, no podia contener las lágrimas: déjalos, y sosiégate.

—Hay un solo pensamiento que me hace daño... sí, un daño horrible, prosiguió el enfermo: jeste es el de la suerte de este niño!...

—¿Tan poca confianza tienes en mí? exclamó Milord G. arrastrado por las circunstancias: si Dios te llama á su seno, tu hijo será el mio.

—¡Oh! ¿qué es lo que escucho? ¡será posible Dios mio! ¡podré llevarme á la tumba ese pensamiento consolador!...

—Sí: yo te aseguro por mi honor, que miraré á Benedicto como á mi segundo hijo.

—¡Me basta... me basta! murmuró el doctor,

dejándose caer desfallecido, sobre las almohadas: sé lo que vale tu palabra... pero oye todavía... oye...

—¡Habla! ¿quieres algo más? ¡no temas decirme todos tus deseos, que serán leyes para mí!

—¿Me lo aseguras?

—Te lo juro.

—Pues bien, añadió el doctor, cuya voz se iba debilitando por instantes: yo quisiera que Benedicto fuese el esposo de María...

—Lo será.

Una radiante expresión de alegría iluminó el semblante del herido, pero ya no pudo expresarlo con palabras: su cabeza volvió á caer pesadamente sobre las almohadas: sus labios se movieron, pero no articularon ningún sonido.

Lord G. quedó allí al lado del lecho, silencioso y sombrío: fuerza es hacer justicia á su corazón: en aquellos momentos pensaba solo en el amigo leal que había compartido todos los dolores de su vida, y todas las alegrías de su ambición.

Cuando pudo recobrar un poco de reflexión, quiso sacar de allí á Benedicto, pero el niño se resistió enérgicamente.

No lloró, ni empleó gemidos ó súplicas: asíóse con mano firme á una de las columnas del lecho, y dijo con entereza:

—Milord, suplico á Vd. que me permita quedarme aquí.

—Yo te ruego que salgas, hijo mio, dijo Lord G.

—Este es mi sitio, repuso con más firmeza Benedicto.

Ya no habló más: pero su mirada triste y apasionada, no se separó un punto del pálido semblante de su padre.

Dos doctores que se habían buscado á toda prisa, llegaron al lado del enfermo: espiáronle durante toda la noche, y le aplicaron la primera cura.

Por la mañana se despidieron hasta un poco más tarde, y á su vuelta Sir James, había recobrado el conocimiento: cuando levantaron el apósito los médicos se miraron con asombro, y el más anciano murmuró en voz baja:

—Esto va bien.

—Esto va muy bien, repitió su compañero.

En efecto, la herida de la cabeza no ofrecía peligro; y la del pecho había perdido su aspecto alarmante; el enfermo, aunque muy débil, tenía su conocimiento, y estrechaba alternativamente la mano de Lord G., y la de su hijo.

Por la mañana vino á verle Lady G.; difícil hubiera sido hallar entonces en todo el Reino Unido una mujer más bella que Cármen: había en ella algo deslumbrante, templado por algo de suavidad. Su traje aun en aquella hora y en aquella ocasión, en que estaba verdaderamente angustiada, tenía una elegancia suprema; pero

esto no era que ella hubiera puesto gran cuidado en su tocador; sino que ella embellecía cuanto llevaba, en vez de ser embellecida por su traje.

Sentóse á la cabecera del enfermo, y éste la tomó la mano.

—Ya estoy mejor, amiga mia, la dijo con acento agradecido y afectuoso: siento huir á la muerte de mi lado... ya no agita sus frias alas sobre mi frente... ¡sí, sí! voy á callarme, prosiguió al ver que Cármen ponía el índice sobre sus labios: voy á callarme así que diga á Vd. una cosa... vamos oiga Vd. esto y dígame lo que le parece... Arturo me ha ofrecido casar á mi hijo con María... ¿se avendrá Vd. gustosa á nuestro convenio?

Cármen no respondió de otro modo que estrechando la mano del herido, y dando un beso en la frente de su hijo.

Sir James, comprendió esta muda y elocuente respuesta: el lenguaje de las almas tiernas no es generalmente el de las palabras.

Durmióse el herido: y su hijo permaneció mirándole inmóvil, y como si nada hubiera oído de la conversacion precedente.

—Este niño hace muchas horas que no ha comido, dijo Lord G., en voz baja á su esposa: es preciso, Cármen, que pruebes á hacerle beber un poco de leche.

En efecto, se trajo un vaso lleno de aquel líquido, y el niño lo bebió dócilmente: luego

se durmió sobre el mismo lecho de su padre.

Por la noche abrió los ojos: casi todo el día lo habia pasado en un sueño profundo.

Entonces se acercó á Cármen y le dijo con dulzura y sencillez:

—¿Cuándo me casaré con María?

Acababa de cumplir once años.

Cármen se sonrió, y le contestó: al oír esta pregunta.

—Cuando seas grande.

—Ya soy muy alto, repuso Benedicto irguiendo cuanto pudo su pequeña estatura: pero es necesario que crezca más, y voy á hacer todo lo posible para conseguirlo.

—¿Y qué harás?

—Lo que papá me ha dicho muchas veces: trabajar en el trapecio, acostarme temprano, madrugar, correr, y comer bastante aunque tenga poca gana; en fin, yo haré cuanto pueda por casarme pronto con María.

Detúvose aquí, y guardó silencio durante algunos instantes; luego prosiguió:

—¿Y qué es estar casados? Vivir los dos juntos, jugar juntos, comer juntos, y pasear juntos: ocuparemos la misma casa: si está enferma María, la podré velar toda la noche, sin que me regañen; si lo estoy yo, me velará ella á mí: el primero que despierte por la mañana, se levantará é irá al cuarto del otro: ¿no es esto, señora, lo que hacen Vds. los que están casa-

dos? ¿no es esto lo que Vd. hace con Lord G.?

—Sí, contestó Cármen: eso mismo.

Benedicto volvió á guardar silencio, y durante todo el día permaneció abstraído y meditando.

Dos días despues de esta escena, sir James se hallaba fuera de peligro: el extremo cuidado que con él se observó, y su buena naturaleza, vencieron la gravedad del mal: pronto pudo hablar, y en breve dejó el lecho.

La primera vez que pudo salir Benedicto, pidió á uno de los criados que le acompañase á casa de Lord G.

A la primera persona que vió al entrar, fué á Miss Arabela: era por la mañana, y la económica señorita, venia de la despensa y de la repostería con un grueso manojó de llaves, atado á un fuerte cordón de seda.

—Mi querida amiga, le dijo Benedicto gravemente, ya sabrá Vd. qqe me caso con María.

Arabela tomó esto por una broma, y dijo señalando á la niña que entraba al mismo tiempo.

—Aquí viene.

Benedicto corrió hácia ella, la abrazó estrechamente, y la dijo:

—¿Sabes que vamos á casarnos?

—¡Ah! ¿de veras? exclamó la niña saltando de alegría y batiendo palmas: y ¿cuándo, cuándo?

—Pronto, tan pronto como seamos grandes.

La señorita Arabela se sonrió de nuevo, y se marchó á sus quehaceres: los niños empezaron á estudiar juntos sus leccións, que despues les tomó Miss Arabela.

Acabando estaban ya, cuando entró Osvaldo; su tia se dirigió á él y le dijo:

—Hoy me he reído mucho, hijo mio.

—¿De veras, tia? exclamó asombrado el jóven, por que Arabela se reía poquísimas veces: ¿te has reído? ¿y por qué? ¿qué pasa?

—Ha venido este niño con la nueva de que se casa con María.

—Este chiquillo se va tomando ya demasiadas libertades, repuso Osvaldo echando sobre Benedicto una mirada de enojo.

Benedicto le miró á su vez fijamente, y le dijo con grave y severo acento.

—Me casaré con María.

—¿Quién lo ha dicho? preguntó Osvaldo, que á pesar de su enfado sentia ganas de reir al ver aquella pequeña figura.

—Lo han dicho mi padre y Lord G., respondió el niño.

Y dichas estas palabras, salió de la estancia y se volvió á su casa.

Cuando Sir James se restableció, su primer cuidado fué el preguntar á su hijo á qué carrera queria dedicarse.

—Seré pintor, respondió el niño, para retratar á María.

Al día siguiente empezó sus lecciones con uno de los pintores de mas fama.

—¿Es verdad lo que dice ese chiquillo negro y descarado? dijo una noche Osvaldo á su padre.

—¿Qué dice? preguntó éste.

—Que segun asegura su padre, se casará con María.

Lord G. dejó escapar un suspiro, y respondió en voz baja:

—¡Es verdad!

—Padre mio, hay cosas que irritan hasta dichas en broma, repuso Osvaldo, cuyos ojos echaban fuego, y esa es una de ellas.

—Sin embargo, eso no es una broma, querido Osvaldo: es una triste realidad: he dado mi palabra á Sir James de casar á su hijo con María.

—¿Será posible?

—Es cierto: se la di viéndole moribundo y deseando endulzar sus últimas horas: hoy su enfermedad ha desaparecido, pero mi promesa subsiste, y me es forzoso cumplirla.

—¡Eso jamás! exclamó con ímpetu el jóven: padre mio, cuando los padres se ofuscan, deber es en los hijos el aconsejarles: no puede caer semejante borron sobre nuestra familia.

—Mi palabra es sagrada, interrumpió Lord G.; si las cosas no varían del estado que tienen hoy, María se casará con Benedicto el día que tenga edad para venir á reclamarla.

—¿Y si variasen las circunstancias? exclamó Osvaldo: ¿y si algun incidente imprevisto influyese en la suerte de Sir James y de su hijo?

—Entonces quedaria libre de la obligacion que he contraido.

Separáronse padre é hijo, despues de estas palabras.

El primero pidiendo al cielo que enviase algun obstáculo que impidiese aquella idea que tanto contrariaba á su ambicion y á su orgullo.

El segundo casi seguro de que el casamiento de su hermana no se llegaria á efectuar, pues él mejor que nadie conocia la fuerza de voluntad que podria emplear para impedirlo.

El cielo pareció ayudar por entonces al triunfo de Osvaldo.

Casi á la vez murió Sir James, y obtuvo Lord G. la embajada de Inglaterra en España, que solicitaba hacia mucho tiempo.

Ya habia tenido lugar la mudanza en el destino del pobre jóven, y una mudanza bien triste por cierto.

Lord G. salió para España con toda su familia, con gran alegría de Cármen, que lo que más deseaba en el mundo era ver su país natal.

Benedicto, no recibió ni la más leve invitacion para seguir á aquellos seres que tanto amaba.

Tenia ya quince años, y se quedó, conociendo que no debia implorar una hospitalidad, que

quizá se le hubiere negado con un cortés pero helado pretexto.

Quedóse, pues, en su gran casa solitaria, acompañado de los antiguos criados de Sir James, y de un anciano capellan que hacia con él las veces de tutor, ó más bien las veces de padre.

Cinco años despues, habia cumplido veinte, y escribió á Lord G. anunciándole que algunos dias despues llegaría á Madrid para reclamarle la mano de su hija, y efectuar enseguida su casamiento.

Aquel amor vivia eterno, indestructible, en el corazon del jóven, lo mismo que en el de María.

Ni uno ni otro se habian olvidado un solo dia: aquel mútuo y cándido amor, formaba una parte integrante de un sér.

Lord G. recibió esta carta, y la leyó, con gran despecho, pero con aparente tranquilidad, diciéndose que aquel negocio necesitaba mucha diplomacia, y que la despedida del jóven debia estar fundada y razonada para no dar lugar á quejas y lamentaciones, ó quizá á un violento arranque, que era muy de temer, atendido el carácter impetuoso de Benedicto.

Habló al orgulloso Osvaldo, que se oponia hasta á que se le recibiese, y le convenció de la necesidad absoluta que tenian de usar de mucha prudencia; despues convocó á la fami-

lia, y le hizo saber la llegada del jóven inglés.

Cármén nada sabia de lo que iba á suceder: amaba á Benedicto como á otro hijo suyo: le amaba por sí misma, pero más todavía por su hija: porque para aquella madre, amar á su niña, era más, infinitamente más, que amarla á ella misma.

Esperó, pues, con alegría la llegada del hijo del doctor, y le esperó echando alegres miradas á la planta de dalias blancas, que la habia regalado Benedicto, y que ella habia transmitido á su hija.

Ya se ha visto de qué modo fué recibido Benedicto; el corazon de María, saltó en su pecho al verle, como un pajarillo que recobra su libertad; pero era tan tímida, que no se atrevió á manifestar su alegría, por grande que esta fuere.

Aquella noche no pudo dormir, y la pasó parte rezando para dar gracias á Dios por el feliz regreso de Benedicto, y parte hablando con su tia Arabela, pues dormian las dos en el mismo cuarto.

En cuanto al jóven, cuando llegó á la habitacion que le habian preparado, se dejó caer en un sillón, preguntándose si era verdad lo que veia; ¿era aquello lo que esperaba él?

¿Era aquello lo que habia soñado?

¡Ah, no! su corazon se oprimia como si le amenazase alguna gran desgracia.

Tampoco durmió, ni pensó siquiera en acostarse: pasó la noche, ya asomado á la ventana para que la brisa refrescase su enardecida frente, ya cruzando con paso desigual por el aposento.

Desde que amaneció, contó las horas con una angustia indecible, hasta que dieron las diez: ya estaba vestido, y abriendo la puerta de su habitacion, salió de ella para dirigirse al salon.

Le habian servido el desayuno en su cuarto; pero ni aun lo habia visto, y lo dejaba sin haberlo siquiera tocado.

IV.

Un instante despues de entrar Benedicto en el salon, llegó Lord G.

El aspecto de éste, era preocupado, huraño y receloso: estaba indignado con todos, y hasta consigo mismo.

La edad le habia vuelto iracundo, dominante, y mucho más ambicioso de lo que jamás lo habia sido: conocia que iba á cometer una mala accion, y se sublevaba al mismo tiempo de que pudieran echársela en cara.

—Caballero, dijo á Benedicto; me veo precisado á tener con Vd. una explicacion muy grave, puesto que de ella depende el porvenir de mi hija.

—La explicacion, Milord, solo puede venir de parte de Vd., y por lo tanto, la espero, respondió el jóven con una altanera dignidad; yo, añadió, no tengo qué explicar nada: vengo á reclamar la mano de María, que me fué prometida hace seis años, y nada más.

—Es que pudiera ser, caballero, repuso Lord G., que la palabra dada al niño, no pudiera yo cumplirla al hombre.

—¿Y por qué causa?

—Por algunas que voy á decir á Vd.

Benedicto quiso responder, pero sin duda sus labios, contraidos, iban á dejar escapar palabras muy duras; se contuvo, y tomó una postura, que, si bien era muy altanera, daba á conocer que escuchaba.

Lord G. prosiguió de esta suerte, con acento breve y duro, como si se hubiera indignado de sus propias razones:

—Yo di mi palabra concediendo la mano de mi hija, á un moribundo, deseoso de suavizar sus últimos momentos; luego el moribundo recobró la salud, fué un hombre robusto, fuerte, y desapareció el principal motivo de mi generosidad y desprendimiento.

—Ese hombre ha muerto, sin embargo, repuso con acento lúgubre Benedicto.

—Es cierto, murió; ¿pero habia de ser eterno acaso, para obligarme á sostener mi palabra? No murió en aquella ocasion, murió despues de